

Josefina la cantante o el pueblo de los ratones: kafkiano relato sobre el arte y la humanidad

Conferencista: William Díaz
Moderador: Carlos Jaime Fajardo
Relator: Francisco Salamanca Monroy

William Díaz, doctor de la Universidad Libre Berlín y docente del Departamento de Literatura de la Universidad Nacional, fue nuestro conferencista el nueve de junio pasado, cuando se dedica una sesión a uno de los más grandes escritores del siglo XX: Franz Kafka. Díaz propone una exposición sobre un texto muy poco conocido de Kafka, titulado “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones”, cuento que pertenece al último libro publicado por el autor, *Un Artista del hambre*, que consta de cuatro particulares relatos del último periodo del escritor Checo. Una de las primeras características que Díaz resalta de “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones” es que se trata de un cuento diferente de lo que se suele conocer del famoso autor, lo que le da una importancia particular pues se aleja de las fuertes y pesadas temáticas de historias como *La metamorfosis* o *El proceso*. Sin embargo, en esta sesión de LECTURAS COMPARTIDAS el docente se propone ahondar en aquello inminentemente kafkiano que tiene “Josefina la cantante”. Es así como a la pregunta que nuestro investigador hace, como apertura, al público sobre su opinión ante el texto, la primera respuesta que recibe es: “Muy bueno. Pero sí, es muy kafkiano, porque [Josefina] ni canta, ni silba”



El aspecto que más interesa a William sobre “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones” es su narrador: la posición que toma este en el texto y ante los hechos del mismo. Se trata de un narrador que no cuenta una historia, más bien reflexiona en torno al canto de Josefina y su relación con el pueblo, un pueblo de ratones según nos lo dice el título. Esta es una reflexión que parece estar hecha por algún habitante de dicho lugar, está relatada en primera persona y trata sobre la desaparición de Josefina, su decisión de no volver a cantar y los efectos que esto origina dentro de la comunidad. El conferencista señala que en esta obra estamos ante un narrador que se distancia de los demás habitantes del pueblo gracias a su capacidad de reflexión sobre los hechos que componen el texto, lo que crea un efecto bastante llamativo al lector: un narrador intérprete. De acuerdo con el profesor, este tipo de narrador es típico en la obra de Kafka, nos recuerda a obras como *El proceso*, *El castillo* o *La metamorfosis*. Por otro lado, las reflexiones constantes que este hace sobre un mismo hecho nuclear hacen que la historia no avance claramente, lo que es otro elemento recurrente en la obra de Kafka, como sucede en *El castillo* durante aquellos monótonos pasajes sobre el castillo y lo que allí pasa. Aquel narrador reflexivo de “Josefina la cantante”, sin embargo, logra estructurar su narración en cinco momentos: la naturaleza del canto de Josefina, el poder de ese canto sobre el pueblo, las características del pueblo y la figura de Josefina. Estos mismos momentos narrativos suponen los puntos en los que el investigador se detiene durante su exposición, para, posteriormente, abrir la discusión al público.

Sobre la naturaleza del canto de Josefina, el investigador inicia leyendo un pequeño fragmento de la obra en el que el narrador se pregunta si el de Josefina es realmente un canto o, más bien, un silbido. Y si silba, qué tiene de extraordinario eso, si silbar lo hacen todos los integrantes del pueblo de los ratones, silban por naturaleza. La reflexión que allí hace el narrador, deja en entre dicho el talento artístico de Josefina, además de mostrarnos las características singulares del relato, en el que se habla de una cantante que no parece cantar y unos oyentes que no son capaces de describir el canto del que tanto gustan. Díaz nos amplía esta reflexión al trasladarla a los campos del arte en general. Para él, Kafka está llevando su atención a la naturaleza del arte: ¿está acaso el arte definido por las dotes especiales del artista o es algo más allá? El arte de Josefina no está enmarcado en los ideales modernos sobre lo artístico, el de ella, de acuerdo a la interpretación de nuestro investigador, es el arte como una de las actividades técnicas que realiza un artesano especializado. Sin embargo, el pueblo se congrega masivamente cuando la protagonista canta, así que la visión contemporánea del arte como espectáculo también está presente. Este canto, que sin ser extraordinario logra generar gran interés y reunir a todo un pueblo, parece lograr rescatar lo interesante que el canto diario de cada habitante posee. Para William, de nuevo se evidencia con esto la gran capacidad que tiene el narrador de



esta historia para generar reflexiones veraces sobre el mundo humano, pues esta última idea bien se puede extrapolar al contexto cultural de cualquier comunidad actual, que puede ver en sus grandes artistas y obras de arte la representación de su propio ser. Parecemos admirar en un artista lo que no admiramos en nosotros mismos

Ahora bien, a raíz de la pregunta sobre la naturaleza del canto el narrador abre una exploración sobre el poder de ese canto, un poder que el narrador sostiene no hallar en el canto mismo. Para él el poder del canto de Josefina sobre sus oyentes no está en lo extraordinario del artista:

Como silbar forma parte de nuestros hábitos matinales, podría pensarse que dentro del auditorio de Josefina también se silba. Su arte nos hace sentir bien y cuando nos sentimos bien, silbamos; pero el auditorio no silba, guarda un silencio absoluto, como si fuésemos los partícipes de esa anhelada paz de la que al menos nuestro propio silbar nos aleja, callamos. ¿Será su canto lo que nos fascina o será más bien el solemne silencio que envuelve su leve vocecita?

Quizá entonces el poder del canto no está en el hecho mismo de cantar; el poder del canto está en el silencio que convoca. El texto impone al silencio como uno de los grandes productos de la música, y por extensión, como uno de los grandes productos del arte mismo. Ahora bien, en cuanto al tema de la música, Díaz llama la atención sobre la importancia que esta tiene en la obra kafkiana. Allí, la música encarna una especie de ideal que quiere alcanzar el arte e ideal de comunidad, además de ser una fuerza irracional que puede atraer a los individuos.

Del poder de la música sobre el pueblo, el narrador pasa a reflexionar sobre el pueblo en sí, un pueblo de vida agitada que tiene que soportar un peso inmenso con una larga historia de sufrimiento y con poca memoria, es una comunidad que no cultiva la historia. En este pueblo todos los intereses están armonizados, este se comporta casi como un individuo.

Por su parte, la relación entre el pueblo y Josefina se presenta en términos de enfrentamiento. Ella, por ejemplo, cree que todos son sus adversarios, canta para ellos pero está convencida de que nadie la quiere. Al fin y al cabo, y esto lo dice el narrador, “el pueblo no se entrega a Josefina” y esta entrega parece ser lo que la protagonista busca: encontramos con ello la raíz del enfrentamiento. Es entonces cuando Díaz nos convoca a leer dicha relación entre Josefina y el pueblo como paralela a la relación entre padre e hijo, otro tópico meramente kafkiano, si recordamos textos como *Carta al padre*, *La condena* o *La metamorfosis*. El primer hecho que nos acerca a esta idea lo



encontramos cuando es evidente que el pueblo está caracterizado por cierto infantilismo, dado que no tienen mucho tiempo para la infancia en la rápida sucesión de sus generaciones. Desde allí, Josefina impone su autoridad en un comportamiento bastante paternalista. Simultáneamente, se trata de un pueblo viejo, que suele ver a Josefina como una niña, cuyas pataletas debe atender para continuar con sus labores. En Kafka, la esfera del padre siempre entra en conflicto con la del hijo, de hecho la absorbe casi en su totalidad aunque el hijo haga muchos esfuerzos por salir de allí. Tal vez, dice William, nos encontremos de nuevo con una reflexión sobre el arte, sobre la relación del artista con su sociedad. Este busca siempre ser diferente de aquella, pero le es imposible desligarse, mientras busca ser aceptado y reconocido como un sujeto especial.

Estas tensiones producen en Josefina cierta deformación. Así, precisamente, el último punto que trata nuestro narrador en el relato es el de la figura de Josefina: una artista que busca el reconocimiento del pueblo y se concentra tanto en lo suyo que empieza a hablar cosas que los habitantes no entienden, e incluso los amenaza con dejar de cantar o eliminar algunas tesituras de su canto. Decretos, estos, que no parecen tener mayor influencia en su auditorio, quien no sabe siquiera qué significa una tesitura. Tenemos aquí al intento del artista por afirmarse como un ser diferente y especial, mediante el uso de ciertas técnicas y lenguajes que le son propios, pero que aparentemente el público no entiende, sin importar que al artista se le vaya la vida en ello. Finalmente, Josefina ha dicho que jamás volverá a cantar, de hecho la última vez en la que se esperaba que cantase, ella desapareció. Pero el pueblo sigue su vida, aunque algunos de sus seguidores la estén buscando, ella pasará a la historia de un pueblo que no tiene historia, al recuerdo de cada habitante que ya no tendrá lugar para reunirse en silencio con sus semejantes.

Con todo, esta lectura de Kafka nos permite ver como sus textos logran condensar, a través de imaginativas historias, nuestra propia realidad al reflexionar sobre cuestiones humanas tales como el arte y el rol del artista, como es el caso específico de “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones”. En las extrañas historias kafkianas siempre logramos ver un reflejo del mundo real y es esta la magia que cada una de sus obras nos invita a apreciar.

